

entrañas en la vía pública. De ahí los destinos oscuros, lo cual se llama, porque tiene su triste locución "ser tirado en medio del arroyo de París".

Sea dicho de paso: este abandono de criaturas no encontraba gran oposición en la antigua monarquía. Algo de Egipto y de Bohemia en las bajas regiones, era conveniente á las altas esferas y facilitaba el negocio de los poderosos. El odio á la enseñanza de los hijos del pueblo era un dogma. ¿De qué sirven "las medias luces?" Tal era la consigna. Que el niño vagabundo, es el corolario de niño ignorante.

Por otra parte, la monarquía tenía á veces necesidad de muchachos, y entonces espumaba las calles.

En tiempos de Luis XIV, sin ir más lejos, el rey quería, con razón, crear una escuadra. La idea era buena; pero veamos el medio. No hay escuadra posible, si al lado del buque de vela, juguete del viento, no va para remolcarlo, en caso necesario, el buque que puede ir donde se quiere, ya á fuerza de remos, ya de vapor; las galeras eran entonces en la marina lo que hoy los vapores; faltaban, pues, galeras, y como las galeras no se mueven sin galeotes, hacían falta, por lo tanto, galeotes. Colber hacía que por medio de los intendentes de provincia y los tribunales, hubiese de repuesto el mayor número posible de galeotes. La magistratura se prestaba á ello con la mayor complacencia. Conservaba cualquiera el sombrero puesto durante el paso de una procesión; actitud de hugonote; á galeras.

Se encontraba un muchacho en la calle; como tuviese quince años y no supiese donde acostarse, se le enviaba á galeras. Gran reinado; gran siglo.

En tiempos de Luis XV, los muchachos desaparecían de París; la policía los arrebatava, se ignora para que misterioso objeto. Cuchicheábase con horror, haciendo monstruosas conjeturas sobre las baños de púrpura del rey.

Barbier habla sencillamente de ello. Llegaba el caso que los exentos encargados de la leva de chicos cogían algunos que tenían padres. Estos, desesperados, perseguían y corrían á los exentos. Intervenia entonces el tribunal, y mandaba ahorcar, ¿á quién? ¿A los exentos? No, á los padres.

VII

El pilluelo tiene un lugar en las clasificaciones de la In'ia.

La "gaminería" parisién es casi una casta. Pudiera decirse: para serlo no basta quererlo.

La palabra francesa "gamin", que traducimos no muy propiamente en la de pilluelo, se imprimió por primera vez, y pasó del lenguaje popular al literario, en 1834. Apareció en un opúsculo titulado "Claudio Gueux". Fué grande el escándalo, y la palabra pasó.

Los elementos que constituyen la consideración de los pilluelos entre sí son muy variados. Hemos conocido y tratado á uno que era muy respetado y admirado, por haber visto caer un hombre desde lo alto de las torres de Nuestra Señora; otro por haber conseguido penetrar en el patio interior donde estaban interinamente depositadas las estatuas de la cúpula de los Inválidos, y haber "robado" un

poco de plomo; otro por haber visto volcar una diligencia; otro porque "conocía á un soldado que por poco le salta un ojo á un paisano.

Esto explica perfectamente la siguiente exclamación de un pilluelo parisiense, epifonema profundo de que se ríe el vulgo sin comprenderle: "Dios de Dios; ¡tendré yo desgracia! ¡Decir que todavía no he visto caerse á nadie de un quinto piso!"

También es notable esta otra frase de campesino: "Tío Fulano, vuestra mujer ha muerto de su enfermedad; ¿por qué no me mandásteis llamar al médico? Qué queréis, señor; nosotros los pobres "nos morimos solos". Pero si toda la posibilidad del lugareño se encierra en dicha frase, descúbrense indudablemente en la siguiente, la anarquía libre pensadora del pilluelo de los arrabales. Un condenado á muerte ya en la carreta, oye á su confesor. El hijo de París lo ve, y exclama: "¡Habla el clerizonte! ¡Qué hipócrita!"

Cierta audacia en materia religiosa, realza mucho al pilluelo; ser espíritu fuerte, es lo importante.

Asistir á las ejecuciones es para ellos un deber. Se enseñan unos á otros la guillotina y se ríen. Danle diversos nombres:—Fin de la sopa.—Gruñona.—La tía de lo azul (del cielo).—La última boqueada, etc., etc., Para no perder nada del espectáculo, escala las paredes, trepa á los balcones, sube á los árboles, se suspende en las rejas, se abraza á las chimeneas. El pilluelo nace pizarrero, como nace marino. Un tejado no le asusta más que un mástil. No hay fiesta que iguale á la de la Gréve (plaza de los ajusticiados). Sansón (el verdugo) y el padre Montes (capellán de la cárcel) son verdaderos nombres populares. Azuzan al paciente para darle valor. A veces le admiran. Lacenaire, siendo pilluelo, al ver morir con valor al terrible Dautun, dijo esta frase que encierra un porvenir: "Le tengo envidia".

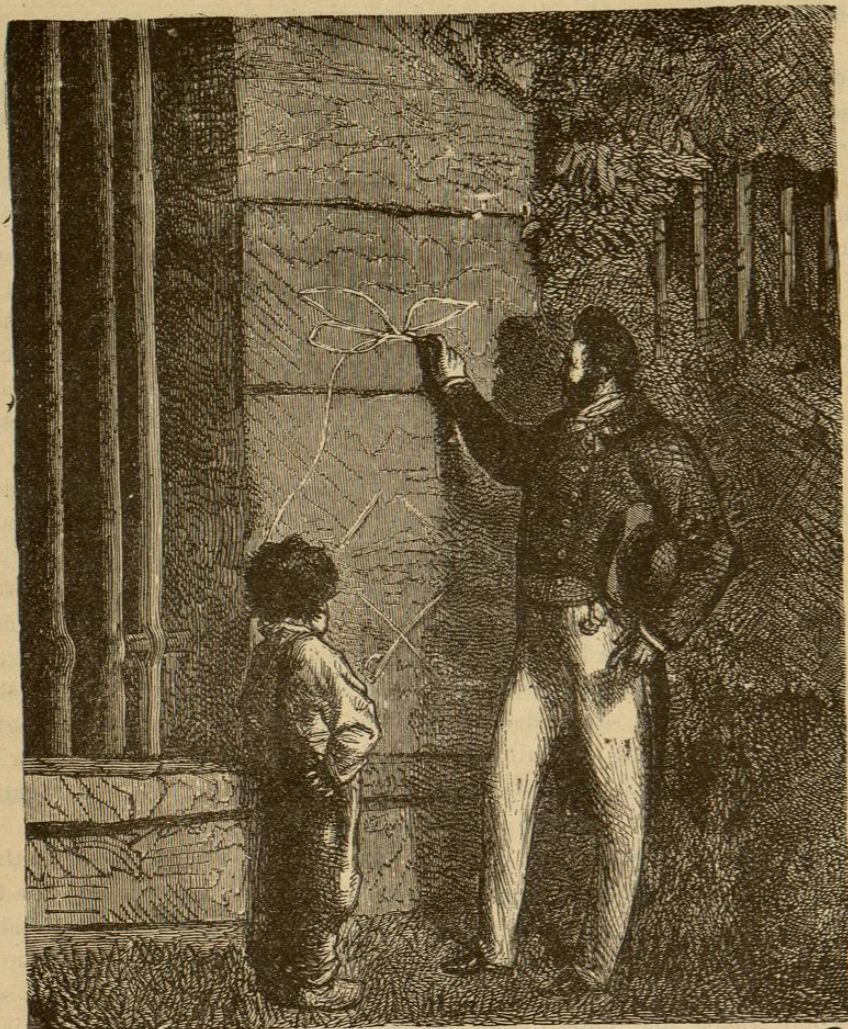
En la pillería no se conoce á Voltaire, pero se conoce á Papavoine. Confúndese en la misma leyenda á los "políticos" y á los asesinos. Consérvase por tradición el recuerdo del último vestido de cada uno. Saben que Tollerón llevaba un gorro de chispero; Abril un casquete de nutria; Louvel un sombrero redondo; que el viejo Delaporte era calvo, é iba sin nada en la cabeza; que Castaing era sonrosado y muy guapo; que Bories llevaba una perilla romántica; que Juan Martín conservaba los tirantes y que Fecouffé y su madre iban riñendo.—"No os tiréis á la cara el cesto", les gritó un pilluelo. Otro por ver pasar á Debaker, y siendo demasiado pequeñito vió la farola del muelle y se encaramó en ella. Un gendarme, que estaba allí, frunció el entrecejo.

—Déjeme subir, señor gendarme,—dijo el pilluelo. Y para ablandar á la autoridad, añadió:—No me caeré.

—Y que me importa á mí que te caigas,—respondió el gendarme.

Entre la pillería, se tiene en mucho un accidente memorable. Se llega á la cúspide de la consideración, si sucede que uno se corta profundamente "hasta el hueso".

Los puños no son los peores elementos de respeto; una de las cosas que el pilluelo dice con más satisfacción es; "¡Yo soy más fuerte, vaya!" Ser zurdo es cosa envidiable, y muy considerada el ser vizco.



VIII

Donde se leerá una buena trase del último rey.

Durante el verano, se metamorfosea en rana; y por la tarde, cuando cae la noche, delante de los puentes de Austerlitz y de Jena, desde lo alto de las barcas de carbón y de las barracas de las lavanderas, se arroja de cabeza en el Sena, infringiendo admirablemente todas las leyes del pudor y de la policía.

Sin embargo, como los municipales vigilan, resulta de ello una situación muy dramática, que dió lugar una vez á un grito fraternal y memorable; grito que fué célebre en 1830, y es un aviso estratégico de pilluelo á pilluelo; se mide como un verso de Homero con una notación casi tan inexplicable como la melopea eleusíaca de las Panateneas, hallándose reproducida en él la antigua Evohé. Hele aquí:

—“Eh, Tití, he, que hay moros en la costa; cuidado no te trinquen: coje la ropa y huye; huye en seguida, escápate por la alcantarilla”. Algunas veces, este moscardón, como se califica él á sí mismo, sabe leer, otras sabe escribir, pero siempre sabe pintarrapear. No vacila un punto en adquirir, por medio de una misteriosa enseñanza mutua todas las habilidades que pueden ser útiles á la cosa pública: de 1815 á 1830 imitaba el graznido del pavo; de 1830 á 1848 garabateaba una pera en las paredes. Una tarde de verano, volviendo Luis Felipe de paseo á pie, vió á uno de aquellos chiquitines que sudaba y se empinaba para trazar con un carbón una pera gigantesca en uno de los pilares de la verja de Neuilly; el rey, con aquella bonachonería heredada de Enrique IV, ayudó al pilluelo, acabó de dibujar la pera, y dándole después un luis de oro, le dijo: “Ahí también hay una pera”. Al pilluelo le gusta mucho la bulla, le agrada cierto estado violento. Detesta á “los curas”. Cierta día, en la calle de la Universidad, uno de esos bribonzuelos le estaba haciendo un gesto grotesco de manos y nariz á la puerta cochera del número 69. ¿Por qué haces eso á esa puerta? le preguntó un transeunte. El niño respondió: Porque vive ahí un cura. En efecto; allí vive el Nuncio.

No obstante, cualquiera que sea el volterianismo del pilluelo, si se le presenta ocasión de hacerse monaguillo, casi siempre acepta, y entonces ayuda á misa debidamente. Hay dos cosas en que se parece á Tántalo, y que desea siempre sin conseguirlas nunca: derribar al gobierno y que le cosan el pantalón.

El pilluelo, en el estado perfecto, señala á todos los agentes de policía de París, y sabe siempre cuando encuentra á alguno darle su mote, pues los tiene presentes y los conoce á todos al dedillo. Estudia sus costumbres y tiene notas especiales sobre cada uno; lee como un libro abierto en las almas de la policía. Así os podrá decir inmediatamente y sin titubear: “Fulano es un “traidor”, Zutano es “muy malo”; éste es “grande”, aquél “ridículo”; (y todas esas palabras, traidor, malo, grande, ridículo, tienen en sus labios una aceptación particular); “éste se figura que el “Puente Nuevo es suyo, y prohíbe “á la gente” pasearse por la cornisa fuera del “parapeto; el otro tiene la manía de tirar de las orejas á las “gentes”, etc., etc.”

IX

El antiguo espíritu de los Galos.

Se encuentran también muchachos de éstos en Poquelin, hijo de los mercados; y los hay también en Beaumarchais. La “pilluelería” es una vanidad, un matiz del espíritu galo. Asociada al buen sentido, le da fuerza, como el alcohol al vino. A veces es un defecto. Homero se repite, es verdad; también puede decirse que Voltaire gaminea. Camilo Desmoulins era de los arrabales. Championnet, que tan brutalmente desenmascaraba los milagros, había salido de las calles de París; de pequeño había “inundado los pórticos” de San Juan de Beauvais y de San Esteban del Monte; había tuteado mucho la urna de Santa Genoveva, para después dar órdenes á la redoma de San Genaro.

El pilluelo de París es respetuoso, irónico é insolente. Tiene los dientes feos, porque está mal alimentado, y su estómago sufre; pero buenos ojos, porque es in-

genioso. Delante de Jehová saltaría á la pata coja las gradas del paraíso. Es fuerte en jugar el zapato. Todos los crecimientos le son posibles. Juega en el arroyo y se levanta en los motines; su tenacidad persiste ante la metralla; era un mocoso, y es un héroe; como el pequeño Tebano, sacude la piel del león. El tambor Barra era un pilluelo de París; grita: "¡Adelante!" como el caballo de la Escritura dice: "¡Va!" y en un minuto pasa de rapazuelo á gigante.

Es hijo del fango como del ideal; distancia que media desde Molière á Barra.

En suma, y para compendiarlo todo en una palabra, el pilluelo es un sér que se distrae, porque es desgraciado.

X

Ecce París, ecce homo.

Para resumir todavía más, diremos que el pilluelo de París, hoy, como en otros tiempos el "graeculus" de Roma, es el pueblo niño que lleva en su frente las arrugas del mundo viejo.

El pilluelo es una gracia de la nación al mismo tiempo que una enfermedad; enfermedad que es preciso curar; ¿de qué modo? con la luz.

La luz sana.

La luz alumbra.

Todas las generosas irradiaciones sociales parten de la ciencia, de las letras, de las artes, de la enseñanza. Haced hombres, haced hombres. Iluminadlos para que os calienten.

Tarde ó temprano, el gran problema de la instrucción universal se establecerá con la irresistible autoridad de la verdad absoluta, y entonces los que gobiernen, bajo la protección de la idea francesa, tendrán que elegir entre los hijos de Francia ó los pilluelos de París; entre las llamas en la luz, ó los fuegos fatuos en las tinieblas.

El pilluelo representa á París, y París representa al mundo.

Porque París es un total: es la cúpula del género humano. Es la prodigiosa ciudad, compendio de todas las costumbres vivas y muertas. Quien ve á París, cree ver lo profundo de toda la historia con su cielo y constelaciones en los intervalos. París tiene un Capitolio, la Casa de la Villa; un Partenón, Nuestra Señora; un monte Aventino, el barrio de San Antonio; un Asinario, la Sorbona; un Panteón, el Panteón; una Vía Sacra, el boulevard de los italianos; una torre de los Vientos, la opinión; y ha reemplazado las gemonías con el ridículo. Su "majó" se llama majadero, su "transtiverino" se llama arrabalero; su "hammal" se llama matón de plazuela; su "lazzarone" se llama pillastre; su "conckney" se llama vago. Todo lo que se halla en cualquiera otra parte se encuentra en París.

La verdulera de Dumarsais puede competir con la vendedora de yerbas de Eurípides; el discobolo Veyano revive en el bailarín de cuerda Furioso; Terapontigono Miles estaría muy bien del brazo con el granadero Vadeboncoeur; Damasipo el buhonero, viviría feliz entre prenderos; Vincennes pondría la mano sobre Sócrates, del mismo modo que Agora encajonaría á Diderot; Grimod de la Reynière

ha descubierto la manera de hacer el roastbeef con sebo, como Curtilo inventó el erizo asado. Vemos reaparecer bajo el globo del arco de la Estrella el trapecio de Plauto; el traga-espadas de Poecilo encontrado por Apuleyo, es el engulle-sables del Puente Nuevo; el sobrino de Rameau y Curculión el parásito, corren parejas; Ergasilo podría ser presentado en casa de Cambaceres por Aigrefeuille. Los cuatro petimetres de Roma, Alcesimarco, Phedromo, Diablo y Argyripo bajan de la Courtille en la silla de posta de Labatut; Aulo Gelio no se detenía más tiempo ante Congrio, que Carlos Nodier ante Polichinela; Martón no es tigre, como ni tampoco Pardalisca era dragón. Pantolabio el bufón, recuerda en el café Inglés á Nomentano el vidior; Hermógenes es tenor en los Campos Elíseos, y en derredor suyo pide Trasio el mendigo, vestido de Arandela. El importuno que os detiene en las Tullerías por el botón de la levita, os hace repetir después de dos mil años el apóstrofe del Thesprion: "quis properantem me prehendit pallio?" El vino de Surenne parodia el vino de Alba; el tinto del viñedo de Desaugiers corre parejas con la gran copa de Balatron.

El cementerio del padre Lachaise exhala con las lluvias nocturnas los mismos resplandores que las Esquilias, y la fosa del pobre comprada por cinco años, equivale al ataúd alquilado del esclavo.

Buscad alguna cosa que París no tenga. La cuba de Trofonio no contiene nada que no se encuentre en la cubeta de Mesmer; Ergafilao resuscita en Cagliostro; el bracman Vasafanta se encarna en el conde de San Germán; el cementerio de San Medardo hace tan buenos milagros como la mezquita Uumoumié de Damasco.

París tiene un Esopo, que es Mayeux; y una Canidia, que es la señorita Lenormand. Agítase como Delfos en las fulgurantes realidades de la visión; hace girar las mesas como Dodona los tripodes. Sienta la griseta en el trono, como sentaba Roma á la cortesana; y en suma, si Luis XV es peor que Claudio, la señora Dubarry supera á Mesalina. París combina en un tipo inaudito, que ha existido, y con el cual nos hemos codeado, la desnudez griega, la úlcera hebracia y el equívoco gascón. Mezcla á Diógenes, á Job y á Paillase; engalana un espectro con números viejos del "Constitucional" y crea á Chodruc Duclós.

Por más que Plutarco diga: "el tirano no envejece", Roma, en tiempo de Sila como de Domiciano, se resignaba mezclando de buen grado agua en su vino. El Tíber fué un Leteo si ha de creerse el elogio un tanto doctrinario que hizo de él Vario Vibisco: "Contra Gracchos Tiberim habemus. Bibere Tiberim, id est, seditionem oblisvisei". París bebe un millón de litros de agua diarios; pero esto no le impide, cuando llega el caso, de tocar generala y somatén.

Por lo demás, París es un buen chico; realmente, lo acepta todo, y no es escrupuloso en la elección de Venus; su Calipiga es hotentota; con tal de reirse, todo lo absuelve; la fealdad le alegra, la deformidad le entretiene, el vicio le distrae; decid gracias, y seréis gracioso; ni aún la hipocresía, ese cinismo supremo, le incomoda; es tan literario, que no se tapa la nariz ante Basilio, ni se escandaliza más del ruego de Tartufo, que Horacio del "hipo" de Priapo. No falta en París ninguno de los rasgos de la fisonomía universal. El baile de Mabilie no es la danza polymnia del Janículo; pero la revendedora de tocados, atrae con sus miradas á la "Joreta", de igual manera que la encubridora Estafila acechaba á la virgen Plane-

sia. La barrera del Combate no es un coliseo; pero hay allí tanta ferocidad como si lo presenciase el César.

La hospedera siríaca es más graciosa que la tía Saguet; pero si Virgilio frecuentaba la taberna romana, David de Angers, Balzac y Charlet se han sentado en la mesa del figón parisién. París reina; los genios brillan en su recinto; los colarajas prosperan en él. Adonai pasa por él en su carro de doce ruedas de truenos y relámpagos; Sileno hace su entrada montado en su asno; Sileno, léase Ramponneau.

París es sinónimo de Cosmos; París es Atenas, Roma, Sibaris, Jerusalem, Pantin. Todas las civilizaciones están compendiadas en él, como también todas las barbaries. París sentiría mucho carecer de guillotina.

Un poco de plaza de Gréve es bueno. ¿Qué sería toda aquella fiesta eternal sin esta salsa? Nuestras leyes son sabiamente previsoras y, gracias á ellas, la sangrienta cuchilla gotea continuamente sobre este prolongado carnaval.

XI

Reir es reinar.

París no tiene límites. Ninguna otra ciudad ha ejercido esa dominación que se ríe á veces de los que subyuga. “¡Complaceros, oh atenienses!” exclamaba Alejandro. París hace algo más que la ley, hace la moda; y hace más que la moda, la rutina.

Puede hacer el tonto si le parece, y alguna vez se permite este lujo; pero en tal caso todo el mundo hace el tonto con él. Pero luego vuelve París en sí, se restriega los ojos y exclama. ¡Soy un estúpido! Y suelta la carcajada á las barbas del género humano. ¡Qué admirable ciudad! ¡Cuán extraño parece que lo grandioso y lo burlesco hagan tan buen consorcio, que toda su majestad no resulte empañada por la parodia, y que la misma boca pueda soplar un día en la trompeta del juicio final y otro en el silbato de un tallo de cebolla! París tiene una jovialidad soberana. Su alegría es el rayo, su farsa lleva un cetro, sus huracanes surgen muchas veces de una mueca. Sus explosiones, sus jornadas, sus obras maestras, sus prodigios, sus epopeyas, llegan al fin del mundo como sus despropósitos. Su risa es la boca de un volcán que salpica toda la tierra; sus bufonadas son chispas. Impone á los pueblos sus caricaturas, como sus ideales; los más encumbrados monumentos de la civilización humana aceptan sus ironías, prestando su eternidad á su truhanería.

Es soberbio: con su prodigioso 14 de Julio liberta al mundo y obliga á todas las naciones á repetir el juramento del juego de pelota; su noche del 4 de Agosto destruye en tres horas mil años de feudalismo; hace de su lógica el músculo de la voluntad unánime; se multiplica bajo todas las formas de lo sublime; llena con sus resplandores á Washington, á Kosciusko, á Bolivar, á Botzaris, á Riego, á Bem, á Manin, á López, á Juan Brown, á Garibaldi. Está en todas partes donde el porvenir brilla, en Boston en 1779; en la Isla de León en 1820; en Pesth en 1848; en Palermo en 1860; murmura la poderosa consigna: “Libertad”, al oído de los abolicionistas americanos agrupados en la barca de Harpers’s Ferry, y al oído de los

patriotas de Ancona reunidos á la sombra en los Arcos, ante la posada Gozzi, á orillas del mar; crea á Canaris; crea á Quiroga; crea á Pisacane; irradia todo lo grande sobre la tierra, yendo allí donde su soplo los empuja; muere Byron en Missolonghi, y Masset en Barcelona.

Es tribuno bajo los pies de Mirabeau y cráter bajo los de Robespierre; sus libros, su teatro, sus ciencias, su literatura, su filosofía, son los manuales del género humano. Tiene á Pascal, á Regnier, á Corneille, á Descartes, á Rousseau, á Voltaire para cada minuto, á Molière para todos los siglos. Hace hablar su lengua á la boca universal, y esta lengua llega á ser el verbo. Construye en todos los espíritus la idea del progreso; los dogmas libertadores que forja son para las generaciones espadas flamantes, y con la inspiración de sus pensadores y poetas se han formado desde 1789 todos los héroes de todos los pueblos. Esto no le impide, sin embargo, gaminear. Y este genio enorme que se llama París, transfigurando el mundo con su luz, dibuja con carbón la nariz de Bouginier en la pared del templo de Teseo, y escribe “Credeville ladrón” en las pirámides.

París enseña de continuo los dientes; cuando no gruñe, ríe.

Tal es París. Las columnas de humo de sus tejados son las ideas del universo. Montón de barro; piedras, si se quiere; pero por cima de todo es un sér moral; es más grande; es inmenso. ¿Por qué? Porque es audaz.

La audacia es el precio del progreso.

Todas las conquistas sublimes son, en más ó en menos el premio del atrevimiento. Para que la revolución sea, no basta que la presienta Montesquieu, ni que Diderot la predique, que Baumarchais la anuncie, que Condorcet la calcule, que Arout la prepare, ni que Rousseau la premedite; es preciso que Dantón se atreva.

El grito “¡Audacia!” es un “Fiat lux”.

Es indispensable para el progreso del género humano, que haya sobre las cumbres permanentes altivas lecciones de valor. Las temeridades deslumbran la historia, y son, para el hombre, una gran luz. La aurora es audaz cuando aparece.

Intentar, desafiar, persistir, perseverar, ser fiel á sí mismo, luchar cuerpo á cuerpo con el destino, asombrar á la catástrofe con el poco miedo que nos produce, así afrontando á los poderes injustos, como insultando á la victoria ebria, tener razón y fuerza: he ahí los ejemplos que necesitan los pueblos; he ahí el fuego que les electriza. El mismo formidabel relámpago enciende la antorcha de Prometeo que el botafuego de Cambronne.